

# Ismene

(Un joven oficial de la guardia había solicitado ser recibido por la Señora de la casa. [...] La audiencia le fue concedida. [...] Una inexplicable quietud y expectación. Quizá por eso ella comienza a hablar, como para llenar aquel vacío o evitar la irrupción de algo indelicado y, sin embargo, ineludible:)

Haría bien en venir de vez en cuando –es algo que me  
[agrada. Aquí  
el tiempo transcurre con lentitud; ya nadie viene ni se va,  
solo el habitual deterioro de la madera de los muebles,  
de las vigas en el techo, de los suelos y las escaleras,  
de los enlucidos, los utensilios, las cortinas y los goznes –  
deterioro lento, herrumbre silencioso, sobre todo en las  
[manos y en los  
rostros.

Los grandes relojes de pared se detuvieron –ya nadie  
[les da cuerda;  
y si alguna vez me paro frente a ellos, no es para ver la hora,  
sino mi propio rostro reflejado en su cristal,  
curiosamente blanco, como el yeso, impenetrable, ajeno al  
[tiempo,  
mientras en sus foscas profundidades las agujas detenidas,  
justamente más allá de mi imagen, simulan un bistrú  
[sin movimiento  
que no sirve ya para abrir una herida, no tiene  
nada que extraerme –miedo o esperanza, espera  
[e impaciencia.

[...]

Si me quitara todas las pulseras, si por la noche dejara  
[suelto mis  
cabellos,  
si desatará los cordones de mis sandalias y, sobre todo,  
[si me sacara  
estos pesados collares que me aprietan la garganta como  
[argollas  
apuesto a que saldría volando, me volatilizaría. No quisiera.  
Quizá por eso los uso. De alguna manera me fijan,  
aunque con frecuencia me estorban; –aun en sueños

[los llevo puestos,  
como si fuera  
un perro al que yo misma he atado frente a una puerta caída.

Un foso de silencio –como dijera usted– rodea esta casa,  
respetable o no –mejor si no existiera. Por aquí cerca,  
[quizá dentro de

mí,  
hay un corredor estrecho, sin claraboyas,  
sin lámparas ni puertas, –no conduce a ningún lado; huele  
a tablones podridos, a polvo, moho, cucarachas, huele  
[a tiempo  
envejecido;  
hombres silenciosos pasan llevando sillas desvencijadas,  
grandes cajones de madera, cuadros, vetustos espejos –

A veces cae un cristal, un clavo o la lívida mano  
del retrato al óleo de un mariscal o un ramo de violetas  
de las manos diáfanas y delicadas de una dama dibujada –  
nadie se agacha a recogerlas; por otro lado, ni siquiera se ven  
en medio de esa pacificadora persistencia de las sombras,  
[donde todo  
ha pasado al dominio de lo no explotado, de  
[lo no expresado,  
del silencio o de los ratones.

Lo único que se oye  
es el pasar de los ratones (para nada sus roeduras –  
esas cosas ya no tienen densidad, no son roíbles), solo  
su paso arrastradizo por las paredes y por nuestro cuerpo  
o, más bien, dentro de nuestro cuerpo.

Bella ocupación  
la de seguir ese derrumbamiento silencioso  
hacia un vacío tan hondo (sin fondo y sin fin)  
que infunde una sensación de inmensidad,  
algo como las grandes ideas que nombramos con orgullo:  
libertad, inmortalidad, eternidad y otras. –

TRADUCCIÓN DE SELMA ANCIRA  
FRAGMENTO DEL LIBRO HOMÓNIMO  
QUE PUBLICARÁ ACANTILADO PRÓXIMAMENTE